

## Carta Vocacional

-Diciembre 2009-

Queridas hermanas, ya próximas a vivir la Navidad, nos detenemos un momento a contemplar una escena vocacional del evangelio de Lucas, que involucra a dos mujeres atentas a la escucha de la Palabra, atentas a la voz de Dios que irrumpe en sus vidas, atentas y alegres, tanto que son capaces de estallar sin tapujos en un canto de amor y alabanza; mujeres místicas y bien encarnadas en la realidad que les toca vivir, mujeres bien ubicadas en la historia, en las esperanzas y los dolores de su pueblo.

Las invito, entonces, a entrar en esta escena fascinante.

*“En aquellos días, María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá.*

*Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel.*

*Apenas ésta oyó el saludo de María, el niño saltó de alegría en su seno, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó:*

*“¡Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor”.*

Estamos aquí en escena. Comienza ubicándonos la Palabra, en el tiempo: “En aquellos días”. ¿De qué días se está hablando? Se nos anuncia que algo precedió a esta situación, algo inusual, único, que produjo un cambio crucial en la vida de una persona, María. Se nos invita a retomar versículos anteriores donde se nos relata el acontecimiento. Se trata del “sexto mes”(v.26) del embarazo prodigioso de Isabel. En esos días ocurre algo más prodigioso aún, el embarazo de María. El Hijo de Dios hecho hombre en el seno purísimo de María. “En aquellos días”, no en otros, está enmarcada esta escena. El centro es éste acontecimiento. El centro es la persona de Jesús, que ya está presente en la historia. Dios asume la humanidad, el tiempo y el espacio, la finitud, para hacerse uno con los hombres, para salvarlos.

El misterio de este acontecimiento es demasiado grande para la comprensión de esta mujer maravillosa, la excede, la supera por todas partes. Ella lo acepta desde la pura fe. Ella simplemente cree. Pero el Señor comienza a actuar en el mundo de una manera nueva, y no abandona a María en su soledad de puro Sí, de pura respuesta, de puro compromiso, de puro encuentro, de pura maternidad. Dios le da a María una señal que le permitirá sostenerse en su humanidad frente a tamaño misterio: La maternidad de Isabel. Dios le muestra otra madre que comparte con ella, salvando las distancias, el gozo de un hijo “imposible” para los hombres, pero no imposible para Dios. La maternidad de Isabel, le confirma a María que camina en el plan de Dios, que lo que ha experimentado y escuchado, por increíble que sea es real, está sucediendo, y es la mano de Dios que todo lo conduce. Isabel es para María un don de Dios. La vocación de Isabel, confirma la vocación de María.

**-En toda historia vocacional el signo principal es la centralidad de Jesús, en la vida, en la oración, en los acontecimientos, en la lectura que hacemos de ellos, en el servicio y en los criterios con que nos conducimos.**

**¿Qué miramos cuando acompañamos a una persona vocacionalmente? ¿Tenemos claro en qué lugar tiene a Jesús integralmente en su vida?**

**-Generalmente en el camino vocacional se piden señales al Señor, signos de vocación. Pero estas señales tienen que darse para confirmar la decisión ya tomada. María dijo primero sí a Dios y Él le dio una señal. Y María creyó en esa señal aun antes de verla concretamente.**

**¿Cómo acompañamos el discernimiento de las señales y signos de vocación?**

María parte presurosa a casa de Zacarías. María tiene prisa, porque las cosas de Dios para ella son urgentes. Es necesario partir rápido y dejar que Dios haga todo según su plan. María es delicada, ella sabe que si Dios le ha revelado este acontecimiento en la vida de Isabel, es por una buena razón, es la señal, es la confirmación. María se deja conducir a donde la encamina el Espíritu. Aquí no entra la lógica humana, aquí vale el abandono y la confianza. Tal vez en el camino, María, jovencita y humilde, se repetía, “no hay nada imposible para Dios”. Ella

va en busca del misterio, sale al encuentro de la invitación de Dios. Sabe que algo ocurrirá, que nada es casualidad. Adivina, intuye, presiente, la alegría de Dios. Ella quiere darle el gusto a Dios de amarla, quiere dejarse amar por Él. Quiere que Dios se alegre en ella.

**-María no da vueltas para tomar la decisión. Es resuelta y positiva. Porque está pendiente de lo que Dios quiere, no importa nada más.  
¿De qué está pendiente nuestro corazón? ¿Cómo colaboramos a formar un corazón que esté pendiente de Dios?**

Y las esperanzas de María se cumplen. Apenas oyó Isabel su saludo, Dios entra en escena desbordando alegría. Dios no se contiene cuando se trata de amar a su criatura, cuando se trata de darle gozo y salvación, Dios ama sin medida. Desde el silencio y la humildad del seno de María, despliega los hilos de la redención y grita: “Aquí estoy, Yo soy tu Dios”.

María, la Sión Nueva, resplandeciente de Dios, llega deseando la paz a la humanidad, representada en la casa de Zacarías. Una humanidad donde se mezclan el clamor de la esperanza (Isabel) y la mudez de la duda (Zacarías). Pero allí en esa humanidad contradictoria y herida, Dios suscita a su profeta (Juan), que no puede dejar de profetizar ni en el seno de su madre. El que todavía no puede hablar, pero sí puede saltar. E Isabel sabe que salta de alegría.

María ha traído la paz, la alegría, la esperanza, el abrazo, el encuentro; todos los frutos del Espíritu Santo. Y el Espíritu de Dios complacido, le devuelve a María por boca de Isabel, la alabanza: ¡Bendita tú...! ¡Sí, bendita porque CREISTE! La más bendita de las mujeres por el bendito fruto de su vientre. María escucha de labios humanos lo mismo que escuchó de labios del ángel: la Madre del Señor. Allí está cumplida la señal y confirmada su vocación. La que no dudó con humildad en acudir a donde Dios la llamó, ahora se regocija y canta la grandeza del Señor (v. 46).

**-Los frutos de una vocación confirmada en el Espíritu, son la paz, la alegría, la esperanza, la superación de los miedos e inseguridades, el despliegue en el amor. Y todos estos frutos juntos, al mismo tiempo. Es una sensación de plenitud que invade a toda la persona.  
¿Cuál fue mi experiencia de estos frutos cuando me decidí a seguir a Jesús Buen Pastor?  
En el discernimiento vocacional, ¿enseño a ver estos frutos? ¿Ayudo a vivir la alegría de seguir a Cristo? ¿Sé compartir esta alegría elogiando el valor de las jóvenes que se deciden por ser Pastorcitas hoy?**

El abrazo físico y espiritual de María con Isabel, es una señal visible del abrazo milagroso de Dios con la humanidad en Cristo Jesús. Todo Dios abraza a todo hombre y a todo el hombre. Mirando a estas dos mujeres alegres y exultantes, nos animamos a dejarnos abrazar por Dios, aceptando a Jesús Salvador. También nos enseña que María es medianera de todas las gracias, necesaria puerta por donde Dios sale al encuentro del hombre.

*“El ciclo natalicio comprende el adviento, luego la fiesta de la natividad de Jesús y luego los frutos: una preparación, la celebración y los frutos de la Navidad. La Navidad es tiempo de regocijo, alegría: el Señor que viene a los hombres.”*

*Beato P. Alberione AAP 49*

Que María nos encuentre listos y alegres esta Navidad, para recibir a su Hijo en nuestras vidas.

Bendiciones,

Hna. María de los Ángeles